

ción de Thackeray y de Balzac.—*Valeria Marneffe* y *Rebeca Sharp*.

- II. Hallazgo del arte puro. Retrato de *Enrique Esmond*.—Talento histórico de Thackeray.—Concepción del hombre ideal.
 III. La literatura es una definición del hombre.—Cuál es esa definición en Thackeray.—Cómo difiere de la verdadera.

En Inglaterra pululan las novelas de costumbres; y se explica por varias razones. En primer término, han nacido allí, y toda planta prospera en su patria. En segundo término, son un desahogo: los ingleses no tienen la música como los alemanes, ni la conversación como los franceses; los que necesitan pensar y sentir encuentran en la novela de costumbres un medio de sentir y de pensar. Por otra parte, las mujeres, en aquella sociedad donde es nula la galantería y fría la religión, se interesan mucho por esa literatura, que da pábulo á la fantasía y á los ensueños. En fin, tales novelas, con sus pormenores minuciosos y sus consejos prácticos, ofrecen alimento al espíritu preciso y moralista. Así el crítico se encuentra como anegado en medio de esa abundancia; tiene que elegir para abarcar el conjunto, y reducirse á unos cuantos para abrazarlos á todos.

Entre esa muchedumbre han aparecido dos hombres de un talento superior, original y opuesto, igualmente populares, servidores de la misma causa, moralistas en la comedia y en el drama, defensores de los sentimientos naturales contra las instituciones sociales, y que, por la precisión de sus pinturas, por la profundidad de sus observaciones, por la continuidad y la rudeza de sus ataques, han reanimado, con otras miras y otro estilo, el antiguo espíritu militante de Swift y de Fielding.

El uno, más fogoso, más expansivo, abandonado

por completo al vuelo de la fantasía, pintor apasionado de cuadros crudos y deslumbradores, prosista lírico, omnipotente en la risa y en las lágrimas, se ha entregado á la invención caprichosa, á la sensibilidad dolorosa, á la burla violenta, y por las temeridades de su estilo, por el exceso de sus emociones, por la familiaridad grotesca de sus caricaturas, ha puesto de manifiesto todas las fuerzas y todas las flaquezas de un artista, todas las audacias, todos los éxitos y todas las rarezas de la imaginación.

El otro, más contenido, más instruido y más sólido, amigo de disertaciones morales, consejero del público, especie de predicador laico, menos dado á defender á los pobres, más dado á censurar al hombre, ha puesto al servicio de la sátira un sano sentido constante, un gran conocimiento del corazón, una habilidad consumada, un razonamiento potente, un tesoro de odio meditado, y ha perseguido el vicio con todas las armas de la reflexión. Merced á ese contraste, el uno completa al otro, y se forma una idea exacta del gusto inglés, añadiendo el retrato de Guillermo Thackeray al retrato de Carlos Dickens.

§ 1.º—EL SATÍRICO.

No es extraño que un novelista escriba sátiras en Inglaterra. Un hombre triste y reflexivo propende á ellas por su temperamento, y las costumbres se encargan de impulsarle más por esa pendiente. No se le permite contemplar las pasiones como potencias poéticas; se le manda que las aprecie como cualidades morales. Sus pinturas se tornan sentencias; es consejero más bien que observador, y justiciero más bien

que artista. He ahí por qué mecanismo ha transformado Thackeray en sátira la novela.

Abro al azar sus tres grandes obras: *Pendennis*, *La feria de las vanidades* y los *Newcomes*. Cada escena pone de relieve una verdad moral; el autor quiere que á cada página pronunciemos un juicio sobre el vicio y sobre la virtud; censura ó aprueba de antemano, y los diálogos ó los retratos no son sino medios que pone en juego para unir nuestra aprobación á su aprobación, nuestra censura á su censura. Lo que nos da son lecciones, y al través de los sentimientos que describe y de los acontecimientos que refiere descubrimos siempre preceptos de conducta é intenciones de reformador.

En la primera página de *Pendennis* veis el retrato de un mayor, hombre de mundo, egoísta y vanidoso, cómodamente sentado en su club, al lado de la lumbre y de la ventana, buscando en las reseñas de las fiestas aristocráticas su nombre gloriosamente intercalado entre los de convidados ilustres. Recibe una carta de familia. Naturalmente, la deja á un lado, y la lee con indiferencia después de todas las otras. Profiere una exclamación de horror: su sobrino quiere casarse con una actriz. Manda encargar asientos en la diligencia (á cuenta de la familia), y corre á salvar al trastuelo. Con un casamiento de ese jaez, ¿qué sería de sus invitaciones?—Conclusión evidente: no seamos egoístas, ni vanidosos, ni glotonos, como el mayor.

Capítulo segundo: Pendennis, padre del joven, fué en sus tiempos boticario, pero descendía de una buena familia, y se dolía de haberse rebajado á ese oficio. Hace dinero; se las da de médico; se casa con una parienta de un noble, y trata de insinuarse en el círculo de las grandes familias. Se alaba durante toda

su vida de haber sido invitado por lord Ribstone. Compra una hacienda; procura enterrar al boticario, y se pavonea en su nueva posición de propietario territorial.—Cada uno de esos pormenores es un sarcasmo disimulado ó visible, que dice al lector: «Amigo mío, conténtate con ser Juan García á secas, y por amor á tu hijo y á ti mismo no te empeñes en echarle las de personaje.»

Muere el viejo Pendennis. Su hijo, noble heredero de la hacienda, «gran duque de Pendennis, sultán de Fair Oaks», empieza á imperar sobre su madre, sobre su prima y sobre la servidumbre. Manda poesías deplorables á los periódicos del condado; principia un poema épico, una tragedia en que mueren diez y seis personas, una historia fulminante de los jesuitas, y defiende, á fuer de tory leal, á la Iglesia y al rey. Suspira por el ideal, y se enamora de la actriz en cuestión, mujer de treinta y dos años, loro de teatro, ignorante y estúpida hasta dejárselo de sobra.—Jóvenes, queridos míos, todos vosotros sois afectados, pretensiosos, juguetes de vosotros mismos y de los demás. Aguardad á ver el mundo para juzgarle, y no os creáis maestros cuando sois niños de escuela.

La instrucción continúa y dura tanto como la vida de Arturo. A ejemplo de Lesage en *Gil Blas*, á ejemplo de Balzac en el *Papá Goriot*, el autor de *Pendennis* pinta un joven de algún talento, de buenos sentimientos y hasta generoso, que quiere elevarse y se amolda á las máximas del mundo; pero Lesage no quiso más que divertirnos, y Balzac no quiso más que apasionarnos; Thackeray se afana, desde el principio hasta el fin, por corregirnos.

Esa intención se hace más visible aún cuando se examina en detalle uno de sus diálogos y una de sus

pinturas. No veréis allí el genio indiferente, atento á copiar la naturaleza, sino la reflexión detenida, preocupada en transformar en sátira las cosas, las palabras y los sucesos. Se rebuscan y pesan todas las frases del personaje para que resulten odiosas y ridículas. El hombre se acusa á sí propio, se encarga de evidenciar su vicio, y al través de su voz se oye la voz del escritor que le juzga, le desenmascara y le castiga.—Miss Crawley, una vieja rica, cae enferma (1), y corre á salvarla, y á salvar la herencia, una parienta suya, mistress Bute. Se trata de excluir del testamento á un sobrino, al capitán Rawdon, antiguo favorito y legatario presunto de la solterona. Ese Rawdon es un soldado estúpido, poste de fumaderos, jugador demasiado listo, duelista y perseguidor de muchachas. ¡Juzgad de la ocasión que se presenta á mistress Bute, respetable madre de familia, digna esposa de un eclesiástico, acostumbrada á componer los sermones de su marido! Aborrece al capitán Rawdon por pura virtud, y no consentirá que tan buen dinero caiga en tan malas manos. Por otra parte, ¿no somos fiadores de nuestras familias? ¿No es de nuestra incumbencia publicar las faltas de nuestros parientes? Es nuestro deber estricto, y mistress Bute cumple el suyo á conciencia. Hace acopio de historias edificantes sobre el sobrino, y edifica con ellas á la tía. Ha arruinado á éste; ha perdido á aquélla. Ha estafado á tal comerciante; ha matado á tal marido. Y, por remate de todo, ¡el infame se ha burlado de su tía! Aquella generosa tía, ¿seguirá abrigando á tal vibora? ¿Tolerará que la paguen sus sacrificios sin cuento con

(1) *Feria de las vanidades.*

esa ingratitud y esas burlas? Ya os figuraréis la elocuencia eclesiástica de mistress Bute. Sentada á los pies de la cama, vigila á la enferma, la llena de potingues, la entretiene con terribles sermones y está de centinela á la puerta contra la invasión del heredero presunto. El asedio era fuerte; la herencia tan porfiadamente atacada debía rendirse; los diez dedos virtuosos de la matrona creían ya hundirse en la masa sustanciosa de escudos que veía relucir. Y, sin embargo, un espectador exigente hubiera podido encontrar algunos defectos en su maniobra. La matrona se excedía. Olvidaba que una mujer asediada á sermones, manejada como un fardo, regulada como un reloj, podía renegar de una autoridad tan fatigosa. Y, lo que es peor, olvidaba que una vieja medrosa, confinada en su aposento, abrumada á predicaciones, envenenada con pildoras, podía morir antes de haber reformado su testamento, y dejarlo todo ¡ay! al bandido de su sobrino. ¡Ejemplo instructivo y terrible! Mistress Bute, la honra de su sexo, la consoladora de los enfermos, la consejera de su familia, después de minar su salud por cuidar á su querida hermana política y conservar la preciosa herencia, estaba á punto de meter á su hermana política en el ataúd y de poner la herencia en manos de su sobrino, gracias á su ejemplar abnegación.

Llega el boticario Clump; tiembla por su querida cliente, que le vale doscientas guineas al año, y está decidido á salvar aquella vida preciosa, en lucha con mistress Bute. Mistress Bute le corta la palabra. «Amigo mío, yo me he sacrificado. La ha matado su sobrino, y yo vengo á salvarla. El es el que la ha traído á este lecho de dolor, y yo la que vengo á asistirle. Yo no soy egoísta; no me niego nunca á inmolarle por los

demás; daría mi vida por mi deber; la daría por salvar á una parienta de mi marido.» El boticario vuelve á la carga heroicamente. La matrona torna á insistir de firme: la elocuencia fluye de sus labios como de un cántaro que rebosa. Mistress Bute grita desde el fondo de su cabeza: «Mientras la naturaleza me sostenga, jamás desertaré del puesto en que mi deber me encadena. Como madre de familia, como mujer de un eclesiástico inglés, puedo afirmar que mis principios son puros, y seré fiel á ellos hasta mi postrer suspiro. Cuando mi Santiaguito tuvo las viruelas, ¿permití yo que le cuidase ninguna mercenaria? No.» El paciente Clump se deshace en cumplidos melosos, y prosiguiendo en su tema entre las interrupciones, las protestas, los ofrecimientos de sacrificio y las declamaciones contra el sobrino, acaba por hacer pie. Insinúa delicadamente que habría que sacar á la enferma á respirar el aire libre. Entonces mistress Bute deja escapar el gato del egoísmo del saco del disimulo: «La vista de su horrible sobrino, si le encontrase en el parque, donde dicen que el miserable se pasea con la cómplice sin entrañas de sus crímenes, le causaría tal impresión, que tendríamos que volverla á la cama. No debe salir, señor Clump; no saldrá mientras yo esté aquí para velar por ella. Y en cuanto á *mi* salud, ¿qué importa? La sacrificio con gusto, caballero; la inmolo en el altar de mi deber.» Es manifiesto que el autor la toma con mistress Bute y con todos los salteadores de herencias. La atribuye ademanes ridículos, frases pomposas, una hipocresía transparente, burda y vocinglera. A compás que habla, el lector la mira con aversión y odio. Quisiera desenmascararla; se alegra de verla estrechada, acorralada, cogida por las maniobras corteses de su adversario, y se huelga con el autor, cuando

éste la arranca, subrayándola, la confesión vergonzosa de su maulería y su codicia.

Llegada á este punto, la reflexión satírica se despoja de la forma literaria. Para explayarse mejor, se presenta sola. Thackeray va á atacar el vicio en su propio nombre. No hay autor más fecundo en disertaciones; se interponen á cada paso en su narración para fustigarnos ó instruirnos; á la moral en acción añade la moral teórica. Podrían sacarse de sus novelas uno ó dos volúmenes de ensayos á la manera de La Bruyère ó de Addison. Los hay sobre el amor, sobre la vanidad, sobre la hipocresía, sobre la bajeza, sobre todas las virtudes, sobre todos los vicios; volviendo algunas páginas, se encontrará otro sobre las comedias de herencias y sobre los parientes demasiado solícitos.

«¡Qué dignidad da á una vieja una cuenta abierta en casa de su banquero! ¡Con qué cariñosa indulgencia miramos sus imperfecciones, si es parienta nuestra! ¡Y ojalá tenga cada lector veinte parientas así! ¿Quién de nosotros no la juzga una vieja bonísima, excelente? ¡Cómo sonríe el nuevo asociado de Hobs y Dobs al acompañarla á su blasonado coche, con su cochero asmático! ¡Qué bien sabemos nosotros, cuando nos visita, buscar una ocasión para decir á nuestros amigos la posición que ocupa en el mundo! Les decimos (y con la más cabal sinceridad): «Desearía tener la firma de miss Mac-Whirter para una letra de cinco mil libras. —Eso no sería nada para ella (observa vuestra mujer). —Es mi tía (respondéis vosotros con tono indiferente, cuando el amigo os pregunta si no sería por casualidad alguna parienta). Vuestra mujer la envía á cada instante testimonios de afecto; vuestras niñas la hacen infinidad de canastillas, almohadones y taburetes de

tapicería. ¡Qué buen fuego en su cuarto, cuando os visita, mientras vuestra mujer se ata el corsé sin ninguno! La casa, durante esa visita, adquiere un aspecto limpio, agradable, cómodo, alegre, que no tiene en otras ocasiones. V. mismo, amigo mío, olvida su acostumbrada siesta después de comer, y se encuentra V. de pronto enamorado del *whist* (aunque pierda V. invariablemente). ¡Qué buenas comidas ofrece V.! Caza todos los días, madera, malvasía, y, por lo regular, pescado de Londres. La misma gente de la cocina toma parte en la prosperidad general. No sé cómo es, pero, durante la estancia del cochero de miss MacWhirter, la cerveza es mucho más fuerte, y en el cuarto de los niños (donde come su muchacha) no se tasa el consumo del té y del azúcar. ¿Es ó no verdad? Apelo á las clases medias. ¡Ah, potencias celestiales! ¡envíadme una tía vieja—una tía soltera—una tía con coche de escudo y un frontispico de pelo de color café claro! ¡Cuánto bolso de labor la bordarían mis hijas! ¡Cómo la mimaríamos mi Julia y yo! ¡Dulce... dulce visión! ¡Vano sueño! (1).»

No hay modo de engañarse. El lector más refractario á las advertencias se encuentra advertido. Cuando tengamos una tía muy rica, estimaremos en su justo valor nuestras atenciones y nuestro cariño. El autor ha ocupado el puesto de nuestra conciencia, y la novela, transformada por la reflexión, se convierte en escuela de costumbres.

(1) *Feria de las vanidades*, tomo II, pág. 121.

II

En esa escuela se fustiga de firme; es la afición inglesa. No hay que disputar sobre gustos; pero, sin disputar, pueden explicarse, y el medio más seguro de comprender el gusto inglés es oponerle al gusto francés.

Entre nosotros, veo en un salón de gente culta ó en un taller de artistas, veinte personas. Tienen necesidad de divertirse: es su fondo. Podéis hablarlas de la perversidad humana, pero á condición de divertir las. Si os irritáis, las causará extrañeza; si sermoneáis, bostezarán. Reid—esa es aquí la regla—reid, no cruelmente y por enemistad ostensible, sino de buen humor y por agilidad de espíritu. Ese espíritu tan ágil quiere obrar; para él el hallazgo de una gran simpleza es el hallazgo de una fortuna. Como ligera llama, se desliza y brinca por la superficie de los objetos rozándolos. Contentadle imitándole: para agradar á gente alegre, sed alegres.—Sed corteses: es el segundo mandamiento, de todo punto semejante al otro. Habláis con personas sociables, delicadas, vanidosas, á quienes hay que contemplar y lisonjear. Las heriríais si trataseis de conquistar su convicción á la fuerza, á embites repetidos de argumentos contundentes, con alardes de elocuencia y de indignación. Hacedlas el honor de suponer que os entienden á media palabra, que el esbozo de una sonrisa vale para ellas

lo que un silogismo, que una fina alusión, cogida al vuelo, las impresiona más que la pesada invasión de una imponente sátira geométrica. Considerad, en fin (esto entre nosotros), que en política, como en religión, se las ha gobernado mucho, demasiado, desde hace mil años; que, cuando uno está muy sujeto, desea no estarlo más; que una prenda demasiado estrecha salta por los codos y por otras partes. Son rebeldes; las gusta insinuar las cosas prohibidas, y muchas veces, por abuso de lógica, por irse del seguro, por viveza, por mal humor, apuntando al gobierno, dan á la sociedad, y apuntando á la religión, dan á la moral. Son escolares que han estado mucho tiempo bajo la férula; al abrir las puertas, rompen los vidrios. No os exhortaré á complacerlos; me limito á advertir que, para complacerlos, no está de más una puntita de propensión sediciosa.

Salvo siete leguas de mar, y heme en un salón severo, lleno de bancos, adornado de mecheros de gas, barrido, regular, círculo de controversias ó templo de sermones. Allí hay quinientas caras alargadas, tristes, rígidas; desde el primer momento salta á los ojos que no han ido á divertirse. En ese país, un temperamento más tosco, recargado de una alimentación más pesada y más fuerte, ha quitado á las impresiones su rápida movilidad; y el pensamiento, menos fácil y pronto, ha perdido con su viveza su alegría. Si bromeáis delante de ellos, tened en cuenta que habláis á hombres reflexivos, concentrados, capaces de sensaciones duraderas y profundas, incapaces de emociones variables y repentinas. Aquellos semblantes inmóviles y contraídos quieren conservar la misma actitud: son refractarios á las semisonrisas fugitivas; no saben distenderse; su risa es una convulsión tan rígida como su gravedad.

No toquéis de soslayo las cuestiones; deteneos. No os deslicéis; ahondad. No jugueteéis; herid. Considerad que debéis remover violentamente pasiones violentas, y que, para poner en acción aquellos nervios, hacen falta sacudidas. Considerad también que vuestros sujetos son espíritus prácticos, amantes de lo útil; que van allí para instruirse; que debéis darles verdades sólidas; que su sano sentido, un poco estrecho, no se aviene á improvisaciones aventuradas ni á indicaciones arriesgadas; que exigen refutaciones desenvueltas y explicaciones cumplidas, y que, si han pagado su billete de entrada, es para escuchar consejos aplicables y sátiras razonadas. Su temperamento os pide emociones fuertes, su inteligencia os pide demostraciones precisas. Para satisfacer su temperamento, no basta rasguñar al vicio, hay que ajusticiarle. Para satisfacer su inteligencia, no hay que burlarse con agudezas, sino con razonamientos. Una palabra más: mirad allá, en medio del concurso, aquel libro dorado, magnífico, posado regiamente sobre un almohadón de terciopelo. Es la Biblia; en torno de ella hay cincuenta moralistas que recientemente se citaron en el teatro, y echaron á patatazos á un actor por ser amante de una mujer casada. Si, con todas las salvedades y rebozos del mundo, tocáis con la punta del dedo una sola de las hojas sagradas ó la más mínima de las conveniencias morales, al punto veréis aferradas al cuello de vuestra levita cincuenta manos que os plantarán á la puerta. En presencia de los ingleses, hay que ser inglés; al par que su pasión y su espíritu sesudo, tomad sus andadores. Encerrada así dentro de las verdades admitidas, vuestra sátira se hará más contundente, y á la presión de la lógica y á la fuerza del resentimiento agregará el peso de la creencia pública.